

CARNAVAL Y CUARESMA 98

CARNAVAL Y CUARESMA 1998

El carnaval se celebra durante los tres días que preceden al comienzo de la Cuaresma que tiene su inicio en el día del miércoles de ceniza. Históricamente tienen su origen en unas fiestas paganas en Roma en honor a Saturno, las "Saturnales". Lo más característico de estos tres días son "la transgresión de las convenciones que caracterizan la vida cotidiana y los excesos en la conducta de los participantes". Desde entonces muchas vicisitudes han sufrido estos días de fiesta. Han pasado por el descrédito, la prohibición, la permisividad y, últimamente, la potenciación por parte de los ayuntamientos de nuestras ciudades porque lo que interesa es tener la mayor cantidad de días de fiesta posibles. También los cristianos celebramos estos días como si de fiestas paganas se tratara. El Imperio Romano no está tan lejos de nosotros.

La Cuaresma es un tiempo que dura 40 días. Comienza el Miércoles de ceniza y concluye el Domingo de Ramos. Es momento para la penitencia, la soledad, el encontrarse cada uno consigo mismo y con su miseria pero esperando la victoria final sobre el mal y la muerte: la Resurrección. La Cuaresma no tiene otro sentido que ponernos en camino, como el pueblo de Israel después de su salida de Egipto, para abandonar nuestro pecado y situar nuestra vida, sentimientos, acciones, pensamientos,... de cara a Dios. Deberíamos vivir los sacramentos con más intensidad si cabe, acercarnos al Sacramento de la Reconciliación con verdadero espíritu de conversión, tener ratos de oración intensos y sinceros poniendo en manos de Dios todo lo que somos y tenemos.

Hagamos un ejercicio. Vamos a enfrentar nuestra vida, también nuestras vidas con el Evangelio. De una forma y otra siempre se nos dice que intentemos vivir con seriedad (no serios) y responsabilidad las palabras de Jesús en el Evangelio. Digo que no serios porque el verdadero Evangelio y el Cristiano hondo es alegre y gozoso que no festividad vacía llena de risas dislocadas y de muecas. ¿Para qué hacen falta los disfraces? En mayor o menor medida nuestra vida es un carnaval. No hemos descubierto la Palabra Viva que llena la vida y que concede a quienes la descubren la Vida Eterna. Eternamente disfrazados en

caretas que no muestran al exterior nuestro interior, interior cansado y desilusionado en muchas ocasiones. Razón de sobra para que necesitemos fiestas sobre fiestas que encubran nuestra profunda soledad y tristeza.

Sería inútil recordar aquí que la mayoría de las personas de nuestra sociedad no son cristianas aunque están bautizadas y no sólo porque no "practican" sino porque Jesús de Nazaret ha quedado lejos, muy lejos, de sus vidas cotidianas. y, por tanto, será infecundo todo razonamiento que intente hacer vivir el carnaval desde una perspectiva cristiana y evangélica. Y ¡cuidado! vivir el carnaval evangélicamente no significa vestirse de sayal y andar con penitencias. Se puede gozar de unos días de descanso y de fiesta pero desde una mentalidad cristiana.

Una cosa es no ser santos, aún, que todavía debemos profundizar aspectos de nuestra vida y hacer que se parezcan a Dios, y otra cosa muy distinta es vivir como si no fuésemos cristianos dejándonos llevar por aspectos de nuestra sociedad que, con poco, son contrarios al mensaje de Jesucristo. Ser cristianos no es limitarse a cumplir unos ritos externos que nada tienen que ver con nuestra vida. Pero no solo eso, también debemos transformar nuestra interioridad: sentimientos, pensamientos e inclinaciones. La Eucaristía es el sacramento de la entrega total y amorosa de Jesucristo en la cruz. Eso no son solo palabras, son obras de amor. "Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos". La Nueva Evangelización de la que habla Juan Pablo II debe comenzar por nuestros propios corazones experimentando a Jesucristo resucitado en nuestra vida. Que Jesús de Nazaret crucificado haya resucitado no es solo un pensamiento vacío de contenido sino que es la prueba de que la muerte ha sido vencido, de que el pecado a sido derrotado, de que nuestra vida mediocre y sin esperanza puede transformarse en verdadera vida entregada a Dios por los demás

Miguel Á. Jiménez.